

las discordias de querer cada uno llevar la fuya adelante, y que se haga siempre su querer, naciendo los disgustos se fomenta la perdicion, y los pleytos. Digno es de admiracion, y lleno de enseñanza lo que vió una vez Muciano, y refiere Plinio. (Plin. lib. 8. cap. 50.) Estaba sobre un caudaloso, y profundo rio una estrecha viga por puente; entraron à un tiempo de la parte de allá una cabra, y otra de esta parte. Vinieronse à encontrar en medio de la viga, y veislas aqui ambas paradas; volver atrás cada una, no podia: si porfiaban cada una pasar adelante, havian de caer ambas en lo profundo. ¿Pues qué hicieron? Mirad, racionales, lo que les dictó la misma naturaleza à unos brutos. La una de ellas fue poco à poco doblando las rodillas, abatió la cabeza, echóse toda muy encogida: con esto la otra por encima de ella fue pasando, y así pasaron ambas libres. ¡Oh, si esta doctrina la tomáran para sí los casados! Si no, pocas veces se llega à estrechos, en que à la porfia, el uno, y el otro peligrá, haga la razon, haga la fé por una eterna vida, lo que alli por una vida material les dictó la naturaleza à dos brutos. ¡Oh, si así, yá cediendo el uno con cordura, yá cesando el otro con prudencia, se acabarían con felicidad de ambos sus disensiones! Lo mismo digo en los sentimientos, que, ò yá el engaño finge, ò yá la pasion exagera, ò yá los chismes, y los cuentos, muy comunes entre casados, atizan. Preguntado el Rey Alfonso de Aragón, cuáles serían buenos casados? respondió bien discreto: *Si maritus aliquando surdus, & uxor caca fuerit*: Si el marido supiere ser à veces sordo, y la muger se hiciera à ratos ciega. Qué bien dicho! Si el marido fuera sordo à palabras necias, à dichos imprudentes, à cuentos de criados, à chismes de ruines, y à silvos en fin de demonios. Y si la muger fuera ciega, no solo à no vér lo que está delante, pero ni à escudriñar curiosa, ni preguntar necia, ni à averiguar inquieta. ¿Qué paz havria? qué union? y qué concordia? Yá lo havia diho antes San Chrysostomo: *Neque vir leviter, & inconsideratè credat adversus uxorem, neque uxor leviter, & curiosè scrutetur ingressus, & exitus mariti.* (Hom. 20. in ad Ephes.)

Pero si alguno ha de ceder, queda la misma duda. ¿Quién debe ser? ¡Oh, Dios! Si se conoce la razon, qué hay que preguntar? y si no se conoce, qué he de decir? Lo que sé es, que Socrates, digna admiracion de Grecia, cedia no pocas veces à una Xantippe, muger loca, y fiera, y que havien-dole dicho palabras fulminadas de furia, al bajar luego él la escalera, le echó encima un cántaro de agua, y él respondió: *Ya yo sabía, que despues de los truenos viene el aguacero.* Eso es ceder una gran capacidad, un juicio maduro à la ignorancia, y à la flaqueza de una pobre muger. Por el contrario, dice Plutarco, las mugeres discretas, quando el marido grita, entonces callan; quando está colérico, entonces lo dexan; y despues, quando yá fosegado, lo mitigan mejor, y

lo ganan: *Prudentes matrone viris ex ira vociferantibus, tacent, silemes alloquio demitigant.* (Plutarch. *Præcep. conjug.*) En tales ocasiones tomar una bocanadita de agua en la boca: yá lo di alguna vez por gran remedio: que si dos puertas, ò ventanas abiertas hacen que el ayre se corresponda, toda la pieza con el ayre de correspondencia se alborota, y con cerrar una, cesando la correspondencia, cesa tambien del ayre la molestia. A un Jacob obedeció rendida una Raquel, entregando los Idolos, que tanto le dolian. Pero por el contrario, Nabal el rustico le huviera ido muy mal, à no atropellar su necesidad su prudente muger Abigail. Ello en fin, si los naturales no frisan, sean un amor noble, y casto el que los endulce. Hay frutas, dice San Francisco de Sales, como el membrillo, que por lo aspero de su zumo no se pueden comer sino en conserva; otras, que por su ternura, y naturaleza no duran, si no se les hace el mismo beneficio, como las cerezas, y albaricoques. Así, pues, si en el uno lo aspero, y desabrido del natural, si en la otra lo delicado, y quexumbroso del genio, son la ocasion de la amargura, confitados en un amor casto, tendrá la concordia, y la paz su permanencia.

Mas qué diré, si logra el diablo la punta mas venenosa de los zelos? Aqui es donde en un desdichado corazon se vé bullir un hormiguero de sospechas, de rabias, de turbaciones, de recelos, que salen como negras sombras del infierno. Yá se representan à los ojos, dando por hecho lo que se sueña; yá soplan à los oídos, contando por cierto quanto se imagina, y todo para convertir el alma, y la casa toda en un infierno: *Dura sicut infernus emulatio.* Jamás salió de los abismos peste mas fatal para los matrimonios. Aqui es donde afesta el demonio todos sus tiros, y aqui donde logra sus lances. (In ejus Vit. cap. 18.)

Conjurando San Vicente Ferrer en Valencia à una pobre doncella, que estaba endemoniada, à la fuerza de los conjuros obligó al maldito espiritu à que en público dixera, por qué havia entrado en aquella inocente; y oyendolo todos, dixo: No soy uno solo, somos muchos, y venimos solo à sembrar discordia entre su padre, y madre de esta hija, lo procuramos con toda diligencia; pero su madre, por ser muy devota de la Santísima Virgen Maria, se acogió à su patrocinio, con que no pudimos lograr nuestro intento; y al despedirnos, haciendo un grande ruido, todos los de la casa se hicieron la señal de la Cruz, y solo ésta no la hizo, y por eso entramos en ella. Así, pues, se atropan los demonios, solo à causar entre los casados discordias, porque en ellas tienen su logro de quantas culpas, de quantos escándalos, de quanta perdicion en lo temporal, y eterno: *Viro, & uxore* (dice el Chrysostomo) *perperam dissentientibus nihil salubre esse poterit, totaque simu inutabit familia.* (Chryl. 4. in Epist. Timot.) Reñidos los casados, nada hay bueno en la casa, nada que aproveche al alma; toda la familia se pierde, y toda la casa se arruina. Al

Altó, pues, dice San Pablo: *Cum patientia supportantes in charitate*: con la paciencia se sufrirán el uno al otro: *Solliciti servare unitatem spiritus in vinculo pacis*: solícitos siempre de conservar la union, y la paz, que han de eternizar en la Gloria.

PLATICA VIII.

COMO SE DEBEN COMPARTIR los oficios entre el marido, y la muger para el buen gobierno de la casa, y paz del matrimonio.

A 28. de Noviembre de 1694.

Alternando el gobierno del Cielo, sin mas libro, que el que nos tiene abierto con sus claras letras de luces, y sus lineas todas de rayos, tenemos hoy tan hecha la Platica, que seriamos del todo ciegos à no aprovechar la doctrina, que se nos entra tan por los ojos, ò à obligar à su imitacion, ò à no dexar escusa á conocidos yerros. El Cielo, pues, es quien hoy, con sus mejores luces, nos predica. Compartido, digo, entre el Sol, y la Luna de toda esta grande casa del mundo el económico gobierno, no parece sino que en esos dos Planetas, que así casó Dios en el Cielo, nos puso tan patente à todos un retrato de lo que debe de ser cada matrimonio todo un Cielo. Qué bien compasados del uno, y otro los oficios! De modo, que siendo ambos iguales: *Luminaria magna.* (Genes. 1.) no por eso dexa de ser la Luna la menor: *Luminare minus*, que concurriendo los dos à unos mismos influxos, se conoce la superioridad del uno, y de la otra sujecion; del uno las carreras infatigables, y de la otra la incesante solitud. Siempre el uno al otro, sin perderse de vista, mirandose atentos, por eso siempre ambos lucidos, sino es que alguna vez, para escarmiento, interpuesta la tierra, haga reparar su discordia con negras manchas un eclipse, haciendo levantar los ojos à la nota à todos los que de su gobierno vivimos, nos animamos de su luz, y alentamos à sus influxos. El Sol, y la Luna, pues, son el exemplar, que no puede ser mas heroico, ni mas lucido del gobierno, y de los repartidos cargos de dos buenos casados, sin que ni el uno confunda por superior, de la que le es inferior, la jurisdiccion; ni la otra piense tener mas luces en lo que domina, que las que recibe del superior que la alienta. Así miró Joseph en aquel sueño à sus dos padres, que como buenos casados retrataban del Cielo las dos mejores luces, siguiendoles à su buen gobierno una familia como Estrellas: *Vidi per somnium quasi Solem, & Lunam, & Stellis undecim.* (Genes. 37. v. 9.)

Y si yá se nos entra por los ojos tan clara como el Sol la proporcion, se vé tambien el ca-

mino de trasladar à cada casa de los casados un abreviado Cielo. Vimos en la mutua fidelidad, el seguro del corazon; en el amor recíproco, las dulzuras todas del alma; en la concordia, y paz del corazon, y del alma, los bienes, y de la salvacion los caminos. Mas para conservar esa fidelidad, ese amor, esa concordia, y paz, qué nos falta? El buen gobierno de la casa, los bien repartidos cargos de la obligacion entre el marido, y la muger, y mantenidos estos, se seguirá en el concierto la armonía, en las luces la hermosura, en los influxos la abundancia, en el calor la vida, en el esplendor la honra, y en dos almas el Cielo. Es, pues, el marido el Sol; oh, cuánto resplendor en su dominio! pero eso mismo, cuánto de honrosas fatigas en su cargo, cuánto de atenta vigilancia en su cuidada, y cuánto de liberales influxos en su providencia! Le toca (quien no lo vé) un correr incesante, un diligenciar, un volar à buscar para repartir, à ganar para mantener, à adquirir para sustentar. Un Sol parado de qué serviría? De confundir el mundo. Y un marido ocioso, holgazan, descuidado, de qué sirve, sino de una deshonra vergonzosa? (Ap. Leblan. in Psalm. 127. v. 3. n. 33.) Yá se rien las Naciones todas, que gozan de entendimiento, de oír como los Setas en la antigüedad, mientras las mugeres, cortado el pelo, ceñido el talabarte, se afanaban en las mas duras fatigas del campo; ellos, muy rizado el cabello, curada, y afeitada la téz, entre perfumes delicados se estaban puestos en el estrado. Yá mofan los que gozan de razon, de los Bárbaros en el Brasil, que parida la muger, se levantaba al punto à servir, y trabajar en la casa, mientras el Indio marido, puesto en la cama, lo regalaban, y servian, tratandolo como à recién parida. Ea, que, aun de hablarlo solo dá vergüenza, y sobra para tantos maridos, que solo tratan de ser Soles en lo lindo, olvidandose en la ociosidad holgazana todo lo cargo.

Como el Sol, pues, sustenta de la gran casa del mundo toda la familia, sin que de su calor, ni una lagartija se esconda: como el Sol, vistiendo los campos, y sustentando en ellos los vivientes, adorna las Estrellas, y engalana con sus luces todas à la Luna, así se vé del marido en su casa patente, y clara la obligacion. Mas para eso, sobra el cuidado, y la fatiga, se sigue lo derecho de su carrera, sin divertirse jamás, ni un punto, de su atencion; que aun al Sol todo, no le bastara su caudal, si se divertiera; y una vez que lo fingió la Antigüedad enamorado de una Ninfa, le dieron la queixa, y la vaya, que hasta ahora dura:

*Quid virgine figis in una,
Quos mundo debes oculos?*

(Ovid. 4. Metam.) Como, pues, no será, sobre intolerable, imposible, la carga de un marido, que no bastandole todo para su casa, divierte las atenciones à la agena, dexando sobre una pobre muger toda una carga intolerable? No es una locura ordinaria, sino un furor, una rabia,

bia, dice nuestro docto Caufino, el ver à una pobre muger cargada de hijos, gemir debaxo del grave peso de una casa que trae sobre sí, afanar, y secarse como la planta sin jugo, y sin humor, y sustentarse con hiel, y con lágrimas, mientras el marido defleal está gastando en los excesos de la gula, y del juego la hacienda que Dios le dió para sustento de su familia. Oh, Dios justiciero! y qué de veces vemos esto! Oh, ingrato, y bárbaro, que por contentar tu apetito pones à los pies los Mandamientos de Dios, y el respeto debido al Matrimonio! Ese dinero, que tu cruel mano desperdicia con tanta prodigalidad en los juegos, y en las amigas, es la sangre de tu pobre muger; à quien debias amar como à tí mismo: es la vida de tus pobres, è infelices hijos, que debian ser la mitad de tu corazón. ¿Quieres saber lo que de tí siente S. Pablo? Pues dice, que eres peor que un bárbaro: *Si quis suorum, & maximè domesticorum curam non habet, fidem negavit, & infideli deterior.* (1. ad Timot. 5. v. 8.) Quien de su casa no cuida, quien à los suyos no sustenta, qué importa que parezca Christiano en las palabras, si niega la fé con las obras, y es peor en las obras que un Moro, y que un Turco?

Pero mientras el marido honrado, como el Sol diligente por lo de fuera, se fatiga à buscar, à acudir, à adquirir para el sustento; yá por lo mas interior de la casa ha de ser la Luna la que le alivie sus fatigas, la que gobierne sus influxos, la que maneje con discrecion el caudal de su calor, y de sus luces. No es cosa rara, que yá en la Medicina, yá en la Agricultura, yá en la Nautica, apenas se dá paso que no sea observando à la Luna: si se han de dar las purgas, las bebidas, los medicamentos, se observa la Luna; si se han de sembrar las semillas, podar las vides, cortar las maderas, se mira primero à la Luna: si se han de entregar à la inconstancia de los mares las velas, à la Luna se atiende. ¿No es el Sol el padre de los vivientes, el dueño de los influxos, de quien penden, como de su origen, los tiempos? Sí, pero la Luna es la muger de casa, la que tenemos mas inmediata siempre; es por cuya mano ha de pasar todo el gobierno, ella lo dispone, ella lo muda, ella lo alterna, y por eso está pendiente de su atención toda la familia. Para eso, pues, puso Dios al lado de Adán à Eva: *Adjutorium simile sibi.* (Genes. 2.) no solo para compañera, que le estorvára la soledad, sino para ayuda, que minorandole la fatiga, le suavizára el trabajo. Ese es el cargo de la muger, en que ha de emplear sus cuidados todos, y toda su atención, dice San Pablo: *Mulieris domus curam habentes, custodes domus.* (Ad Tit. cap. 2. v. 5.) Leyó el Gregorio, son guardas de la casa, de modo, que no teniendo, ni mas esplendor, ni mas hermosura, que en quanto miran, y reciben la luz de su Sol, luego hácia la casa, y la familia han de emplear su caudal todo, y su solitud: *Qui possidet mulierem bonam incubat possessionem,* (Eccl. 36. v. 26.) dice el Espíritu Santo. El principio, la basa, el fundamento de adquirir caudal

un marido para sustento de su casa, y de su familia, es una buena muger. Una muger, que ha de estar encerrada, y metida en casa, que no ha de salir con él à sus negocios, que no ha de andar por las calles, y plazas, que nada entiende de compras, ni ventas: ese es el principio de que él adquiera caudal? *Incubat possessionem.* Sí, prosigue el mismo Espíritu Santo: *Adjutorium secundum illum est, & columna, & requies.* Porque esa muger es la ayuda mejor que él puede tener, es à medida de todo quanto él necesita, es la columna que lo sustenta, y es el descanso que lo alivia.

¿Pero en qué está el ser esa muger tan buena, que de ella pende para el marido, y para la casa toda la felicidad? Lo primero en el gobierno virtuoso, discreto, prudente de su familia, en la reparticion de ocupaciones, y de tiempos, de modo que no habiendo nadie ocioso, desterrados los vicios, se dé lugar à las acciones de virtud, y que miran al servicio de Dios. Si en esto pone una madre de familias su atención, eso es darle todo el ser à su casa, dice el Sábio mayor de los hombres Salomón: *Sapiens mulier edificat domum suam.* (Prov. 14. v. 1.) Una muger sábia edifica su casa. Sábia? Sí, en el gobierno, en la disposicion: este es el saber, esa la discrecion mayor de una muger, el buen gobierno de su casa: *Fœminarum tota philosophia est economica,* dixo Demostenes. (ap. Salaz. in Prov.) Y si eso sabe, mas que ni sepa latines, ni historias, ni bachillerias. Por eso aquella discreta Lacena, que cautiva le preguntaron, qué sabía hacer, respondió bien à punto: *Sé gobernar bien una casa.* (Pluth. in Cacon.) Este sí que es saber. Pero si éste falta, qué se sigue? Yá lo dixo el Espíritu Santo: *Inspiciens extructam quoque manibus destruit.* Una muger tonta, necia, y vana, que nada cuida, que nada gobierna, aun la mayor casa, perdiendose la familia, la echará toda por los suelos.

Pero al gobierno de su buen juicio se sigue lo segundo la aplicacion tambien diligente, y mañosa de sus manos. Claro está, que à una muger no se le pueden pedir las fatigas de un Azacan; pero en los ejercicios mugeriles, aunque parecen tenues, desterrando los daños del ocio, pueden hacer provechos grandes: *Mulier diligens corona est viro suo,* (Prov. c. 12. v. 4.) dice el mismo Salomón. Una muger diligente, aplicada, mañosa, es la corona de su marido, es la que aumenta todo el lustre, es la que hace como aquella celebrada Muger Fuerte, que en el adorno, yá suyo, y yá de su esposo, pueda él parecer lucido à los ojos del mundo: *Nobilis in portis vir ejus.* (Prov. 31.) Pero si en vez de amañarse hácia lo provechoso, gasta todo el tiempo en lo vano; si toda la diligencia la pone solo en gastar las mañanas enteras en su aliño: si no sabe mas que de afeytes, colores, y cintas, qué se le ha de seguir al marido? *Putredo in ossibus ejus, que confusione res dignas gerit.* Una pudricion de por vida, con una muger de día, y aun de noche, aliñada; un consumirle las

entrañas con lo que todo se vá en los afeytes, una polilla, que carcomiendo por lo interior la viga, quando menos se piensa, quiebra, cae, y falta: *Sicut in ligno vermis, sic virum disperdit mulier malefica,* leyeron los Setenta.

Mas yá de aqui se sigue lo tercero, que con el gobierno de su juicio, que con la diligencia de sus manos ha de juntar la muger el cuidado, no digo la nimia escasez, la guarda; no digo la miseria, de que no se desperdicie mal gastado, ni un medio real de lo que le cuesta las fatigas, y los sudores à su pobre marido. Ha de ser la cerca que lo defiende, el muro firme que lo guarde. Nada falte à lo necesario; pero nada permita su cuidado que se malogre al desperdicio: *Ubi non est sepes diripietur possessio, & ubi non est mulier, ingemiscit ager.* (Eccl. 36. v. 27.) Yo aseguro, que si à la correspondencia de lo que el marido busca, huviera luego en la muger este zeloso cuidado à guardar lo que él gana, menos quexas havria, y menos pérdidas. Pero si ella es la primera à los antojos, à los gastos vanos, à los usos, à las vanidades, à las galas, y à los desperdicios, cómo no se arruinarán las haciendas? cómo no gemirán los maridos? cómo no robarán para mantenerles sus pompas? cómo no harán las tyránias para que se gaste en visitas? y cómo no se los llevará el diablo à docenas, porque mugeres locas gastan à millares? (Pausan. l. 10.) Pintaban bien en la antigüedad tales maridos, y tales mugeres, con pintar à Oeno, formando à grandes fatigas una foga de esparto, que con grandísimo trabajo la iba torciendo, y detrás de él su jumentillo, que conforme él iba pasando la foga yá torcida, él se la iba comiendo. Y si es así, y así sin duda sucede, qué importan del marido las fatigas, los trabajos, quizá los robos, quizá las tyránias, si en una tarde se comen las fatigas de todo un año? Si en unos zarcillos se vá una renta, y si en una locura de una muger todo un caudal, que no hay ninguno que baste, dice San Basilio, para faciar de una muger la vanidad: *Nullus muliebri concupiscentia thesaurus sufficiens est, nec si fluminibus fluat,* (S. Bas.) aunque fuera todo un rio de dinero, no pudiera alcanzar. Y si esto hay, quexense de su locura, quexense de su vanidad, no se quexen del Matrimonio, y oigan este escarmiento.

En el Libro intitulado Scala Coeli (Spec. v. 6. vestim. exemp. 8.) refiere Fray Juan Junior, Dominicano, y lo trae el Espejo grande de exemplos, que un Religioso Sacerdote decia continuamente Misa, y hacía grandes penitencias por el alma de su madre difunta, hasta que un día, que con mas fervor, y lágrimas oraba por ella, la vió de repente delante de sí con esta espantosa vision. Vió que venia sentada sobre un fierísimo dragon, que respiraba sulfureas llamas; al un lado, y al otro dos horribles demonios, que con dos cadenas de fuego, que la apretaban, y ceñian todo el cuerpo, la traían aprisionada: de su cabeza pendientes muchas lagartijas, dos escorpiones en sus ojos, en sus orejas dos ratones, que unos, y

otros no cesaban de roer, y morder. Cayó fuera de sí el Religioso; pero la desdichada, no temas? le dixo, que soy tu maldita madre. Pues cómo le replicó el hijo, no te confesaste, y recibiste los Sacramentos? Sí, respondió, pero siendo las galas profanas un saco lleno de ira de Dios, yo desde mi juventud me di à ellas en afeytes, y aderezos, à que acompañaban mis malos pensamientos; y aunque de esto me confesaba; pero era siempre sin dolor, ni proposito de la enmienda. Así pasé, y nunca tube valor para volver à revalidar aquellas confesiones, y así estoy sin remedio condenada. Y qué figuras son esas tan horribles? le preguntó el hijo; y ella: este dragon me trae, y lleva por los torpes pensamientos que siempre tube; estas lagartillas son ahora el adorno de mis cabellos; estos dos escorpiones me hacen pagar lo torpe de mis vistas; estos ratones me repiten royendo mis lascivas conversaciones; y en fin, estos dos demonios que à mis dos lados me acompañan, el uno es por los gastos superfluos con que à tu padre, y mi marido le hice gastar, con no pocas ofensas de Dios, en mis vanas galas, y aderezos; y el otro es por las muchas mugeres, à quienes yo provoqué, y perdí con introducciones de usos, y malos exemplos. Con esto, y un estallido horrible desapareció. Oh, si sonára este estallido, y estas voces en los oídos de tantas, como haciendose el matrimonio, por su vanidad, intolerable, acarrear con él al alma cadenas, de que nunca se desaten! Oh, si sirviera este escarmiento, para que logrando las mugeres la quietud: quitadas de vanidad, y afeyte, que solo sirve à ellas de inquietud, y à todos de lazo, lograran tambien los maridos, aliviada la carga de gastos vanos en el matrimonio, la felicidad de esta vida, y en la paz, y concordia de un buen gobierno de su casa, el lógro de la eterna paz de la Gloria.



PLATICA IX.

DEL TERCERO BIEN DEL Matrimonio, que es la fecundidad en los hijos.

A 5. de Diciembre de 1694.

QUAL es aquel bien, que à proporcion de lo que desconfuela quando falta, aflige quando se posee? Aquel bien, que mientras no se tiene, desafosiega à los deseos, y al punto que se consigue, empieza à inquietar los cuidados? Qué es un bien, que yá parece mejor quando de él se carece; y yá quando se goza, con lo mismo que atormenta crece su estimacion? Enigma parece quanto pregunto, y es realidad bien experimentada la que propongo en el tercero bien del matrimonio: *Bonum prolis,* el bien de la generacion. Un bien, que compuesto de dos contra-